inversa, conviene retroceder á las edades bárbaras.

El verdadero progresista ha de creer, así hablando de un individuo como de la sociedad entera, en el crecimiento simultáneo y armónico de todas las aptitudes; en que toda ciencia, toda doctrina, toda invención artística, toda inspiración literaria, cuando son sanas, nacen de un espíritu sano; son un bien y no un mal; una causa y un efecto á la vez de algo dichoso, y no una causa y un efecto á la vez de la desdicha.

DE LA PERVERSIÓN MORAL DE LA ESPAÑA DE NUESTROS DÍAS (1).

CON MOTIVO DEL LIBRO NUEVO «TODO EL MUNDO,» POR D. SANTIAGO DE LINIERS.

I.

Cuenta la historia que, después de la comida, el duque y D. Quijote se fueron á dormir la siesta, y Sancho acudió á dar conversación á la duquesa, que estaba con sus dueñas y doncellas. La duquesa obligó á Sancho á sentarse junto á sí en una silla baja, rogándole que se sentase como gobernador y hablase como escudero.

Sancho declaró allí que él tenía á su amo por loco, menguado y mentecato. Y la duquesa le contestó, en mi sentir con mucha discreción:

—Pues D. Quijote de la Mancha es loco, men-

(1) Publicado en la *Revista de España* en julio de 1876.

guado y mentecato, y Sancho Panza, su escudero, lo conoce, y con todo eso le sirve y le sigue, y va atenido á las vanas promesas suyas, sin duda alguna debe de ser él más loco y tonto que su amo.

Aplicando esto al caso presente, digo yo, bastante atribulado:—Si en esta nación de diez y ocho millones de habitantes hay seis ú ocho mil tunos, entre militares y civiles, sin fe ni honra, sin idea noble, sin patriotismo y sin virtud de ninguna clase, los cuales para medrar y robar y disfrutar hacen cien mil infamias, y, sin embargo, gobiernan siempre por turno y saquean y destruyen la tierra, es consecuencia precisa, ó bien que el resto de los españoles, hasta completar los diez y ocho millones, es de idiotas, ó bien que todos son tan pillos y tan viles como los seis ú ocho mil que descuellan, brillan y mandan.

Todavía, si gimiésemos bajo el yugo de una tiranía firme y estable, sostenida por alguna milicia extranjera, al servicio del tirano, podríamos explicar este fenómeno, asegurando que los españoles sufrían por fuerza tanta bellaquería y tanta maldad; pero ni aquí hay tirano, ni milicia extranjera, ni estabilidad en los que mandan, sino pronunciamientos y cambios harto frecuentes, en pos de los cuales, dado siempre el supuesto, no salen jamás á relucir los varones virtuosos y verdaderamente amantes de su patria, sino siempre los tunos y los pícaros, que para determinar algo no pasan de seis ú ocho mil, como ya he dicho.

Esta consideración da más fuerza al argumento. Los personajes que figuran tienen que ser la flor

y nata de España. ¿Cómo será lo demás si la flor y nata es como el Sr. De Liniers la describe? Todo hombre que conserve un resto de pudor, debe echar á correr y huir de esta cloaca inmunda, y sacudir el polvo de sus zapatos al pasar la frontera; y toda mujer honrada debe hacer lo propio, cuidando de no volver la vista para no quedar convertida en estatua de sal.

Tal es la primera reflexión que se me ocurre después de haber leído el nuevo libro del señor De Liniers. Apelo á cuantos le lean con imparcialidad para que declaren si la más capital afirmación que de todo él se deduce es otra que la expuesta, á saber: que los hombres políticos de todos los partidos que alternan en el poder desde hace cuarenta años, son la más indigna y despreciable turba de galopines. Ahora bien: ó el Sr. De Liniers está lleno de negra misantropía, y calumnia, sin querer, á los seis ú ocho mil ciudadanos más notables y egregios del país, ó es menester afirmar que todos los que no son esos seis ú ocho mil ciudadanos que despuntan, son cobardes y tontos, ó son más corrompidos y más abyectos que los mandones, ó tienen á la vez todas sus malas cualidades, y sobre ellas la incapacidad más monstruosa.

El libro del Sr. De Liniers está escrito de manera que no es una sátira contra éste ó aquel pícaro que medra con la política; contra éste ó aquel aventurero audaz y sin vergüenza que tal vez se alista en un partido ó en varios y logra elevarse y hacer fortuna. Por el contrario, las afirmaciones y diatribas del Sr. De Liniers tienen tal carácter de

generalidad, que condenan á cuantos aquí se elevan ó se distinguen. El Sr. De Liniers, siempre en sentido irónico, ha escrito un arte de elevarse en España por medio de la política, del cual se infiere que esta elevación ha de ser á costa de una larga serie de vilezas apenas concebibles. El que pone la mira en la cumbre y aspira á trepar á ella, empieza desde su primera juventud á cometer atrocidades. Se nota además en los personajes que el Sr. De Liniers nos describe, un encarnizamiento, un ahinco, un desvelo criminal para elevarse por la política, como si se tratase de conquistar todos los deleites y todos los bienes; de nadar en la opulencia; de ser un Creso, ó cuando menos un Rothschild.

Distan tanto de la verdad estas pinturas, que yo, por mi parte, declaro que, dando por lo pronto por evidente que algunos de los personajes políticos de primera magnitud que he conocido hicieron picardía sobre picardía para llegar á la altura, es menester confesar que todos ellos fueron ilusos, disparatados é ignorantes de las cosas del mundo, por lo cual se llevaron el chasco más solemne. Creyeron, sin duda, que iban á ser unos Sardanápalos, y vivieron y murieron como unos pobres estudiantones. ¿Por qué no citar ejemplos? Pastor Díaz vivió siempre con la mayor modestia, casi en la pobreza. Fuí muy su amigo, y jamás se atrevió á convidarme á comer por temor de matarme de hambre. Vivió en compañía de su excelente y cariñosa madre, de la que no se avergonzaba, como supone el Sr. De Liniers que ha de

avergonzarse el personaje político; y cuando Pastor Díaz murió, no dejó un real, y fué menester vender sus libros para pagar el pobre entierro. Ríos Rosas, de quien también me honraba yo con la amistad, jamás estuvo en la abundancia. En 1867 le visitaba yo en París, cuando él estaba allí emigrado; y como en su cuartito apenas cabían la cama, tres sillas, la mesita de escribir y el lavabo, nos íbamos á la calle para poder hablar con anchura. En España vivía Ríos Rosas como un ermitaño, en la última casa del barrio de Salamanca. Es verdad que siempre tenía el coche del tranvía á la puerta. Con todos estos despilfarros no extraño que al morir no dejase sino siete duros en su cómoda.

Sería interminable la lista de los personajes políticos que he conocido que vivieron y murieron sin dejar de estar á la cuarta pregunta, como suele decirse. Y el que llega á Ministro, tiene al cabo sus treinta mil realitos de cesantía; pero el que no llega, tiene el día y la noche.

Este país es pobrísimo; la gente de levita y de cierta educación no tiene en qué emplearse: de cada diez ó doce señores de levita, sobramos, sin duda, nueve ú once; nuestra tierra es estéril y no puede sustentar tanto caballero. Todo esto es verdad; pero ¿qué culpa adquiere porque seamos tan pobres el que ha nacido en el seno de nuestra menesterosa clase media, y en lugar de ponerle á oficio ó de criarle robusto para que vaya á cavar con un azadón al hombro, ha recibido de sus padres el don funesto de una educación literaria,

más ó menos esmerada? ¿Qué quiere el Sr. De Liniers que haga este infeliz? Si se consagra á la política, ¿no es natural que aspire á ocupar un día los primeros puestos? ¿Por qué formar á nadie por tan natural y legítima ambición un capítulo de culpas? Por lo demás, ese furor por llegar, ese incesante trabajo de intriga para elevarse, apenas existe sino en la fantasía atrabiliaria del Sr. De Liniers.

Tal vez sería mejor que hubiese en España una clase gobernante, rica, aristocrática y menos necesitada. ¿Pero son los seis ú ocho mil tunos, descamisados y plebeyos y subidos luego á mayores los que se oponen á que exista esa clase? Si esa clase existe y carece de espíritu de clase, ¿es culpa de los pícaros? ¿Cuántas veces no han tratado los pícaros de infundir á esa clase el espíritu colectivo que há menester y no lo han conseguido? ¿Dónde, además, sin envidia y sin bajeza, se ha hecho jamás más lado y se ha recibido mejor en cualquier partido á toda persona distinguida por su nacimiento ó por su posición? No negamos el mérito de ciertos duques, marqueses y condes de antiguo cuño, cuyos nombres es inútil citar aquí; pero tampoco se puede negar que todo otro sujeto, con igual mérito, hubiera necesitado diez veces más esfuerzo para elevarse á donde ellos, en fama, en dominio ó en influjo, se han elevado.

Conviene, además, advertir que, en la vida política, aun para los que se encumbran, no son todos triunfos y goces. Debe de ser rarísimo el hombre político que en veinte años de vida está más

de cinco con empleo y menos de quince cesante. Si ponemos el término medio, y es mucho poner, de los sueldos que ha disfrutado en 48.000 reales, tendremos que toda su actividad política le ha valido 12.000 reales anuales. Confiese, pues, el señor De Liniers que parece inverosímil que, impulsado nadie por tan mezquino incentivo, haga tanta infamia como él supone que es costumbre hacer. Y no hay de nuestra parte exageración en esto. De no ser bandidos ó ladrones, no es probable que nuestros hombres políticos más afortunados (prescindiendo de la cesantía de Ministros, si llegan á serlo) saquen más de la política que los mencionados 12.000 reales un año con otro.

Hay que tener en cuenta, además, que los provechos ilícitos se ponderan mucho ó se fingen á menudo por la mordacidad ó por la envidia. Sobre esto nada hay más gracioso que aquello que se refiere de un sujeto elocuente, gracioso, de buen humor, discreto y ameno, pero que siempre ha vivido en los mayores apuros pecuniarios.

Era una vez Ministro, y las gentes aseguraban que aquel Ministerio estaba vendido al oro inglés. Nuestro Ministro, bajo el peso de la tremenda acusación, y quizá apremiado por las necesidades de su familia y por los acreedores que durante largos períodos de cesantía habría tenido que proporcionarse, dicen que exclamaba, paseándose á largos pasos por su despacho y *tendens ad sidera palmas:*—¿Dónde estás, oro inglés, que no te veo?—Con la cual broma contestaba á la ridícula calumnia y se desahogaba al mismo tiem-

po cómicamente de la molestia que le causaban sus apuros.

No se sigue de todo lo dicho que en España no haya corrupción. No afirmo yo que seamos todos mártires ó santos. Así como podría extender larga lista de los probos, así también podría formar otra de los que han hecho su negocio sin escrúpulo. Pero esta segunda lista no excedería en proporción á la que se pudo formar en España en otra época cualquiera, ó á la que puede formarse fuera de España, en cualquiera nación de Europa, en la época presente. De ello se infiere que la corrupción es propio defecto de la pecadora y decaída naturaleza humana, común á todos los siglos y países, desde que Adán y Eva pecaron: es lo que llamaría Hegel las impurezas de lo real. Siendo asimismo muy de tener en cuenta que aquéllos á quienes más señala hoy la opinión pública como poco escrupulosos en punto á incautaciones ó dislocaciones de metálico ó de cosa que lo valga, ó de signos que lo representen, son, por lo general, no los adalides y más ilustres personajes, sino las partes de por medio.

Estas reflexiones, ó mejor dicho refutaciones, han acudido de tropel á mi mente, y con el mismo desorden con que han acudido, van aquí estampadas; pero, así para dar idea del libro del Sr. De Liniers, como para impugnar sus asertos, conviene proceder con método y reposo, y voy á ver si lo consigo.

Tal vez pecaré de cansado; pero el asunto lo merece. El libro del Sr. De Liniers está escrito

con notable ingenio y chiste, y suscita dudas de suma gravedad, que importa poner en claro. Para ello, antes de empezar con las dudas, es menester dejar sentado aquello en que todos convienen.

Todos convienen en que España, social, política y económicamente considerada, está bastante mal. Salvo la Turquía, quizá no haya en Europa otro pueblo que en esto nos gane. En punto á estar mal, somos potencia de primer orden.

Sobre las causas de este malestar se disputa mucho. Dicen unos que proviene todo de lo poco que llueve; y otros, de los resabios que dos ó tres siglos de fanatismo y de absolutismo nos han dejado en la sangre; y otros, de que nuestro gran sér, nuestra propia excelencia, nuestra hidalguía heróica se opone á que medremos en esta edad en que el medio principal de elevarse es el industrialismo. Nuestra condición algo especulativa, mística y extática, nos incapacita (¡oh sublime incapacidad!) para las torpes artes del deleite. Así es que apenas hay español que guise bien; ni que encienda una lámpara sin que dé tufo, se apague ó salte el tubo; ni que agarre en la mano una alhaja delicada sin hacerla pedazos; ni que fabrique ó confeccione algunas de esas fruslerías, que tanto valen á los franceses, alemanes ó suizos. Ello es que, desde la suela de los zapatos hasta el sombrero, todo cuanto llevamos encima está hecho fuera de España. Nuestros muebles, nuestras camas, las sábanas con que nos cubrimos de noche, la pluma con que escribimos, el cuchillo con que

partimos nuestra comida, la vasija en que nos lavamos, casi todo es francés, alemán ó inglés, adquirido con el producto de nuestra tierra, por más que llueva poco.

Contra esto habría un remedio, si fuera posible: vivir *ut prisca gens mortalium;* convertirnos en Cincinatos ó cosa por el estilo; pero no lo consienten la misma naturaleza de las cosas y las circunstancias de la edad que vivimos. La cultura material, merced á la facilidad de comunicaciones, lo invade y quizá lo corrompe todo. Hace veinte años, para un joven estudioso que llegaba á Madrid del fondo de su provincia, cada paso que daba era una revelación corruptora. ¿Qué efecto no produciría en su ánimo, por mediano paladar que tuviese, un simple Chateaubriand con trufas que comiera en casa de Lhardy, cuando hasta entonces no había gustado sino de vaca estofada y ropa vieja? Los nombres exóticos de los guisos transpirenáicos se agolparían en montón á su memoria para hacerle desdeñar la alboronia, el puchero, el salmorejo y la pepitoria, que habían sido siempre su mayor regalo. Hoy ya no es menester que el joven venga á Madrid. Algo, aunque poco, de la cultura culinaria se infiltra y penetra hasta en los lugares. Esta lenta divulgación de las artes del deleite es un mal espantoso. Pero ¿cómo evitarle?

Nunca me olvidaré de que cuando el ferrocarril de Andalucía no llegaba más que á Despeñaperros, había allí un fondín, donde los pasajeros descansaban y comían antes de tomar coches, caballos,

mulos ó diligencias. Era dueño del fondín un digno sucesor y cofrade de Juan Palomeque, el zurdo, tan celebrado por Cervantes. El fondista, no ya ventero, andaluz muy jaque, muy hablador y muy comunicativo, venía á hablar con los viajeros, solía sentarse á su lado sin ceremonia, en mangas de camisa y con el velludo pecho descubierto, y encomiaba siempre en términos hiperbólicos el buen trato que se daba en su casa. Pero cuando él se llenaba de entusiasmo; cuando apuraba toda su elocuencia; cuando se conocía la sinceridad fervorosa de su admiración, sin trastienda, sin recámara, sin propósito de dar valor á su establecimiento, sino por sentirlo así, era cuando hablaba de un plato que en ciertas ocasiones solía servir á sus huéspedes, hecho con pechugas de gallina, jamón, leche, harina de flor y nuez moscada. Nunca terminaba el encomio sin añadir, para ilustración de su atento auditorio, que el plato se llamaba *croquetas.*

Imagine, pues, el lector, si en una época en que hasta en una venta de Despeñaperros se hacen ya *croquetas,* es posible volver á aquellos tiempos en que

> No había venido al gusto lisonjera
> La pimienta arrugada, ni del clavo
> La adulación fragante forastera,

y en que

> ... Con rojos pimientos y ajos duros
> Tan bien comió el señor como el esclavo.

La difusión del lujo data en España de hace treinta ó cuarenta años. Yo recuerdo aún cuando en casa de los principales ricachos andaluces de los lugares comían todos en el plato del medio, y cuando apenas había un vidrio en las ventanas; pero ¡qué mucho, si en Madrid los vidrios eran verdes y llenos de burbujas, y no mayores que una cuartilla de papel! Hace cuarenta años casi nadie tenía chimenea en Madrid, sino brasero; cada portal era un muladar; y en las casas, fuera de los palacios de los grandes, apenas había más que sillas de Vitoria y esteras de esparto. Si la décima parte de los habitantes de Madrid hubiera tenido entonces el capricho de lavarse, hubiera faltado el agua para beber y para cocer los garbanzos.

Entonces era un prodigio, una rareza, haber ido á Francia ó á Italia. Hoy, gracias al perverso ferrocarril, cualquier perdido va á París, y hasta lleva á su mujer en su compañía. ¡Infeliz del que tiene á su mujer en París tres ó cuatro meses y ella le toma el gusto á aquello! Ya todo le parecerá *cursi* como no venga de París; todo *cursi*, incluso su cara y legítima mitad. ¿Cómo retrotraer á esta señora á la sencillez montaraz del siglo de oro, para poder exclamar en su alabanza con el profano:

Sed potanda ferens infantibus ubera magnis
Et sæpe horridior glandem ructante marito?

Si del influjo de la cultura material pasásemos al de la intelectual, fuerza nos sería convenir en que no es menos perturbador, y por lo pronto funesto. Sin meternos en honduras; sin dilucidar aquí si la moderna civilización es tuerta ó derecha, va por el buen camino ó se ha extraviado; sin resolver nosotros si el mundo se ha dado á todos los diablos ó sigue su marcha gloriosa y progresiva en ascensión constante hacia el bien, es lo cierto que cuando un pueblo, casta ó tribu se ha parado en el desarrollo de su civilización indígena y castiza, se ha quedado atrasado, como vulgarmente se dice, y luego se pone en íntimo y frecuente contacto con naciones ó castas de gente más adelantada, este contacto es peligrosísimo, á menudo deletéreo y á veces hasta mortal. Si el desnivel de las civilizaciones que se tocan es muy grande, ó si la raza más atrasada no tiene bastante brío para encaramarse de un salto al nivel de la raza más adelantada, ó el Estado perece, como quizá perecerá Turquía dentro de poco, ó la raza se extingue, como acontece con los habitantes de la Polinesia, á quienes la tristeza y el fastidio, sin necesidad de malos tratos, van consumiendo y matando hasta que no quede uno.

No temo yo que España, aunque el desnivel no es pequeño, perezca como Estado á semejanza de Turquía, ó se quede sin hijos, como no pocas islas del mar del Sur; pero la crisis por que pasamos es terrible de veras, y aún serán menester muchos disgustos, muchas perturbaciones y muchas fatigas para que salgamos de ella triunfantes.

Vistas así las cosas, no cabe duda en que el malestar de España es grande y cierto; pero debe atribuirse á la naturaleza misma, á leyes fatales ó

providenciales de la historia, y á *todo el mundo*, y no *á un grupo exiguo de ambiciosos, de aventureros y de necios, que á sí propio se llama todo el mundo*, según el Sr. De Liniers.

Examinemos ahora su libro con alguna detención.

II.

Al exponer las principales ideas del libro del señor De Liniers y al tratar de refutarlas, me propongo hacer de un modo implícito una tímida apología del *grupo exiguo de ambiciosos, de aventureros y de necios;* esto es, de los personajes políticos más notables. Y haría yo su apología, aunque los tales personajes políticos me fuesen menos simpáticos que al Sr. De Liniers, porque si diese crédito á las acusaciones, toda la nación quedaría muy mal parada; y esto me aflige mucho, y ni lo quiero ni lo puedo creer. Cierto es que hay graves males que saltan á los ojos; pero cuando la culpa no es del conjunto y sér de las cosas mismas, y superior, por lo tanto, al influjo de la voluntad humana, la culpa está muy repartida, y no cae sólo sobre el *grupo exiguo*, según el Sr. De Liniers pretende.

Daré varias razones de por qué la culpa no es sólo del *grupo exiguo*.

Primera. Porque si el *grupo exiguo* peca empleándose en la política para medrar, no es menor pecado el de los varones probos, el del resto de los

diez y ocho millones de españoles, en no pensar en la política, y en dejar, por desidia, por cobardía ó por complicidad, que el *grupo exiguo* mande siempre. Contra esto puede objetarse que hay un partido que no ha podido mandar nunca, y que en él está lo bueno, lo santo y lo virtuoso. Pero se replica con dos argumentos: es uno, que dicho partido será menor en número ó más tonto, cuando no llega nunca á mandar; y es otro, que todos los tránsfugas del *grupo exiguo*, idos de él por despecho de no figurar ó de no medrar bastante, han sido recibidos con los brazos abiertos y colocados en eminente lugar por el partido de los santos y de los buenos.

Segunda. Porque el *grupo exiguo* no se procrea á sí mismo, sino que permanece y dura reclutando á los más listos ó dichosos de entre los aspirantes. Esto supone una turba de aspirantes lo menos de cien mil. Los que no entran en el *grupo exiguo* no es por falta de ganas, sino por falta de habilidad. Luego ya tenemos aquí una ralea evidentemente más vil que el *grupo exiguo*. La vileza de esta ralea será tanto mayor, cuanto mayor capítulo de culpas contra el *grupo exiguo* se formule.

Y tercera. Porque si los del *grupo exiguo* y los aspirantes á formar parte de él se consagran á la política, es porque no tienen otro recurso, lo cual no es culpa de nadie ó es culpa de todos. Ya lo hemos dicho: sobramos las nueve décimas partes de los señores de levita que hay en España. Pero ¿de qué suerte disminuir esta clase media? Tal vez

convendría que los exámenes fuesen muy rigorosos en los Institutos y Universidades, á fin de que los chicos de cortos alcances ó poco estudiosos se desesperasen y se dedicasen á alguna faena mecánica; pero si consideramos que en España presumimos casi todos de hidalgos, se verá que esto es imposible. Lo más que se lograría es que no hubiese tanto título profesional; pero, sin dicho título, la gente de levita seguiría de levita, y, desprovista de título profesional, se dedicaría con más furor á la política. Correríamos además un grave peligro. Los que estudian ó hacen como que estudian en las Universidades cobran, por lo menos, cierta afición á la literatura, y, ya que no sepan de leyes, suelen darse á las musas y entretienen el hambre escribiendo versos, ó se enamoran de las bellezas del estilo y hacen ó procuran hacer discursos elocuentes y floridos, y artículos ó libros, como el Sr. De Liniers ó como yo; pero la gente que no es de carrera, ni presume de literata, suele meterse en las profundidades de la Hacienda, como trasquilado por iglesia. Resultaría, pues, de la severidad en las Universidades una enorme plaga de hacendistas, que sería, á mi ver, la calamidad más horrible. Nótese bien que los políticos romancistas son ya, aun con tener la manga tan ancha los examinadores de las Universidades, los que se consagran con más ahinco á la Hacienda.

Otros mil arbitrios se imaginan para aligerar de gente esta clase media letrada ó *enlevitada*. Todos me parecen infructuosos. El restablecimiento de las comunidades religiosas, por ejemplo, no tendría mucho éxito en este punto, por lo autonómicos é individualistas que nos vamos volviendo, y sobre todo porque el conocimiento, el sentimiento ó el presentimiento de que hay *foie gras* induce á despreciar la chanfaina, por abundante y bien condimentada que la finja ó la fantasee la imaginación más viva.

En suma, una ley fatal, ineludible, arrastra á la política á esta superabundante clase media letrada ó *enlevitada*. No ya sólo el abogado sin pleitos, sino el que quiere tenerlos y es capaz de tenerlos, se lanza á la política para adquirir notoriedad y fama y clientela. No digo nada de los literatos. Si el literato no es político, tendrá que ser un portento para llamar la atención. Y aunque la llame, ¿ganará escribiendo para vivir, salvo si es autor dramático, como no defienda con su pluma los intereses de un partido político? Si mañana ó el otro van á empadronar al Sr. De Liniers, ¿dirá que es literato? Lo declaro con entera sinceridad: el señor De Liniers pudiera decirlo, porque escribe linda, primorosa y discretamente; pero no lo dirá, porque la policía tendría derecho á sospechar, si lo dijese, que se valía de malas artes para sostener á su familia. El Sr. De Liniers dirá probablemente que es propietario. Luego casi todos los que no lo son tendrán que ser periodistas, empleados ó por lo menos cesantes; esto es, políticos siempre. Yo, por mi parte, confieso con humildad que no he ganado aún con la literatura, durante toda mi vida, lo que necesito para vivir durante seis meses; y aun así, si algo he ganado, ha sido escribien-

do de política en la redacción de un periódico.

Y no se me diga que es sólo por nuestra incapacidad ó flojera. Depende mucho del mezquino valor ó precio en el mercado de aquello que producimos, comparado con lo que en otros países producen. Aunque sea negocio particular mío, voy á poner como ejemplo el que yo quiera obsequiar á mi mujer con un vestido bueno de Worth para baile. No es menester que el vestido tenga encajes riquísimos, ni salga de los límites de lo bueno para que cueste 8.000 reales. Ahora bien: yo he tenido la dicha de escribir una novela titulada *Pepita Jiménez*, que ha sido celebrada, que ha tenido grande éxito. ¿Podré comprar el vestido de Worth con el producto total de *Pepita Jiménez*? En manera alguna. *Pepita Jiménez* no ha llegado á valerme 8.000 reales. Si algún consuelo fuese la común miseria, me la daría el considerar que en el mismo desnivel se halla entre nosotros el propietario terrateniente. Pongamos uno que va á comprar el vestido de Worth con el producto de sus viñedos. Á no ser en Jerez, en ninguna otra parte de España podemos lisonjearnos de vender el vino, uno con otro, más caro que á 10 reales la arroba. Se necesitan, pues, 800 arrobas de vino para comprar el vestido: un verdadero río de vino. Cada fanega de tierra de viña regular podrá producir por término medio 100 arrobas al año. Luego son indispensables ocho fanegas. Pero como labrar estas ocho fanegas (cava, bina, rebina, azufrado, viñador, vendimia, mugrones, poda, etcétera, y contribuciones) quizá costará 6.000 reales, resulta que el producto líquido de las ocho fanegas no es más que de 2.000, y que es indispensable ser propietario de 32 fanegas de buena viña, y emplear todo el producto en el vestido, si uno se quiere dar ese gusto y mostrarse galante. Si en vez de viñas posee el que va á comprar el vestido una de esas tierras que lo que producen es esparto, necesitará, tal vez, consumir la producción de una legua cuadrada de terreno por cada metro cuadrado ó no cuadrado de la tela que envuelva el cuerpo de su mujer y que le arrastre formando cola. Por último, si el marido elegante y generoso es rentista, como no le pagan el cupón, tendrá que vender treses para comprar el vestido; y suponiendo que el día de la venta la cotización es favorable y que el interior está á 13, tendrá, para adquirir el vestido, que desprenderse de un capital de 61.538 reales vellón, más dos ó tres perros chicos.

Queda, pues, demostrado, si no me engaña el amor propio, que somos unos miserables. El politiqueo del *grupo exiguo* y de los que aspiran á entrar en él es ley ineludible por ahora. Estas circunstancias excitan mucho á la perversión. Veamos, sin embargo, cómo, á pesar de tan malas circunstancias, la perversión no es grande.

Como prueba de la perversión, empieza el señor De Liniers por sostener que en otras edades, en que la palabra *patriotismo* aún no se había inventado, este sentimiento, creador de generosas y grandes acciones, vivía en muchas almas; mientras que en esta edad, en que la palabra *patrio-*

tismo ha salido á relucir y se ha puesto en moda, no hay ya verdaderos patriotas.

La escuela político-clerical española es muy aficionada á estos argumentos que pudiéramos llamar filológicos. Para demostrar, pongo por caso, cuán propio de nuestro sér es el catolicismo, he oído yo decir con formalidad á alguien de la mencionada escuela, que, cuando se le pregunta á un español cómo está de salud, y él no está muy bien, responde siempre: *No estoy muy católico;* prueba de que el catolicismo es nuestra esencia, nuestra naturaleza, todo en nosotros. Por desgracia á esto se puede contestar que cuando dos hidalgos, embozaditos en sus capas, salen, por ejemplo, á *tomar el sol y hacer tiempo*, se encuentran al revolver de una esquina, en un lugar de Andalucía, y los dos se sienten regular de salud (en su estado normal, como si dijéramos), casi siempre se saludan y empiezan la conversación de esta manera:—¿Cómo va, compadre?—Trampeando, compadre. ¿Y V.?—También trampeando.—La palabra *trampeando* para designar el estado normal, no es menos usada que la de *no estar muy católico* para designar el andar algo malucho: con que sáquese la consecuencia.

El más razonable de estos discreteos epigramático-piadosos, fundados en la filología, es, sin duda, el que distingue la filantropía de la caridad, y se burla de la primera para realzar la segunda. En efecto, la caridad y la filantropía son dos virtudes harto diferentes. La caridad es el amor de Dios, y por el amor de Dios el de los hombres; la filantropía, por el contrario, es el amor de la humanidad, no ya por amor de Dios, sino á pesar de los dioses mismos, si es necesario. En la filantropía hay mucho de impiedad, de rebelión, de soberbia titánica contra los eternos decretos. Por eso la Fuerza, cuando en la tragedia de Esquilo manda á Vulcano que ate á Prometeo á la roca firmísima con cadenas de diamantes, dice que aquel castigo es para que el titán *aprenda á magnificar la tiranía de Júpiter y se deje de ser filántropo.*

El patriotismo es palabra nueva: no es palabra antiquísima, como lo es *filantropía;* y el patriotismo, además, no está en oposición con ninguna virtud teologal ni con ningún sentimiento religioso. Siempre ha habido patriotismo y se ha llamado amor de patria ó algo semejante. La novedad del vocablo *patriotismo* implica, no obstante, que ya que la idea que representa no sea nueva, es más frecuente ahora que en otras edades. Si no hubiese ahora más patriotismo, no se hubiera formado nuevo vocablo para significar el mencionado sentimiento. Yo infiero, al revés del Sr. De Liniers, que la novedad del vocablo implica, no la ausencia del sentimiento, sino su mayor consistencia y sér en nuestro siglo.

Otros sentimientos generosos podrían ser, en siglos pasados, causas de grandes proezas, extraordinarias bizarrías y costosos sacrificios; pero si al héroe ó al mártir no se le llamaba patriota, era sencillamente porque no era patriota. Véanse, si no, los ejemplos de patriotismo antiguo que aduce el Sr. De Liniers. Apenas hay uno solo de estos